

JON ARRETXE

PIEL DE TOPO



erein

PIEL^{DE} TOPO

23

cosecha roja

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

1.ª edición: marzo 2017

Título original:

Sator jolasak

Diseño de la colección y portada:

Cristina Fernández

Maquetación:

Erein

© De la traducción:

Cristina Fernández

© Jan Arretxe

© EREIN. Donostia 2017

ISBN: 978-84-9109-202-5

D.L.: SS-349/2017

EREIN Argitaletxea. Tolosa Etorbidea 107

20018 Donostia

T 943 218 300 F 943 218 311

e-mail: erein@erein.eus

www.erein.eus

Imprime: Itxaropena, S. A.

Araba kalea, 45. 20800 Zarautz

T 943 835 008 F 943 130 822

e-mail: edizioak@itxaropena.net

www.itxaropena.net

JON ARRETXE

PIEL DE TOPO

Traducción de Cristina Fernández

erein

*A Mahamoud Touré y a Aliou Koiaté,
amigos que se fueron mientras escribía esta novela*

I

EL ENCARGO



1

Arrastrado por la rutina, te dejas caer sobre la misma silla de todos los días y fijas tu mirada en los monitores alineados en la estancia. Las cámaras capturan para ti fragmentos de realidad que empiezas a engullir junto con el café de la mañana. El menú parece variado, aunque, en el fondo, es más de lo mismo: gitanos, negros, moros, sudacas, putas, yonquis... Observas sus idas y venidas, su hacinamiento en las calles y plazoletas, sus encuentros a la puerta de locutorios, tiendas, teterías... Hoy, en el barrio, la vida transcurre en un estado de aparente normalidad, de momento todo se mantiene en calma, y piensas que con un poco de suerte no te darán excesivos quebraderos de cabeza.

Pasan las horas, la mañana se va consumiendo lentamente, sin sobresaltos, y por fin, a mediodía, decides

orientar una de las cámaras hacia la farmacia *Arteta*. En cuanto obtienes el encuadre deseado, te fijas en el reloj digital que aparece en un ángulo de la escena. Ya falta poco, pero no te impacientes, aún tienes que aguantar unos minutos más. Para entretenerte, vuelves la vista hacia otra de las pantallas, la que muestra la calle de las Cortes, la de las putas. Ahí están las muy guarras, pululando alrededor de esos clubs asquerosos, cutres donde los haya, mientras esperan aburridas la visita de algún cliente, algún hombre atraído por el olor de la carne a precio de saldo. Las tarifas han bajado mucho, es cierto; sobre todo desde que llegaron las últimas nigerianas intentando hacerse un hueco en el mercado. Has oído que ahora se puede echar un polvo por quince euros. Te parece una cantidad ridícula, aunque, a la vista del género, poco más se puede pedir. Lo cierto es que el catálogo es un auténtico horror: dentro de la oferta nacional, fulanas viejas y yonquis esqueléticas; y, para gustos más exóticos, ahí están esas sudacas amorfas o esas mugrientas africanas. Da lo mismo, cualquier opción hace que se te revuelvan las tripas, ni borracho meterías la polla en uno de esos agujeros. Lo único que clavarías a esas zorras sería la punta de tu pistola, eso sí que lo harías a gusto... Encañonándolas bien, hasta el fondo, y entonces... ¡Pum! Te estremeces de placer sólo con pensarlo.

De repente, algo llama tu atención, algo sucede en las cercanías del *Marilyn*. Unas cuantas prostitutas echan a correr sobresaltadas, al principio no entiendes lo que pasa,

pero enseguida captas la escena: un moro las persigue con un palo en la mano. No tardas en ponerle cara, se trata del *Boxeador*, ese argelino que siempre viste pantalón militar. Por ahí se dice que si no hubiera tropezado con las drogas, hoy sería un gran campeón del ring; pero para ti solo es un idiota. Lo habéis detenido infinidad de veces y no espabila, al contrario, cada vez está peor. Los efluvios del pegamento y el alcohol le han debido de secar la sesera, ya no le queda ni siquiera un poco de sentido común para esperar a que oscurezca para cometer sus fechorías. Míralo, ahí va el muy imbécil, corriendo detrás de las putas a plena luz del día.

Como en los documentales sobre animales salvajes, el depredador siempre va a por el miembro más débil de la manada, en este caso una gorda sudamericana que ha quedado rezagada de sus compañeras. Tiene las piernas cortas y le pesa demasiado el culo, está claro que no podrá escapar. De hecho no tarda en ser cazada, una zancadilla y la mujer estampa sus narices contra el pavimento. El argelino ya tiene a su presa y, sin darle opción a levantarse, comienza a descargar golpes contra ella. Luego le arranca el bolso, lo abre, extrae un móvil y sigue rebuscando hasta dar con algún billete perdido en el fondo. Su cabreo es notable cuando se dirige a la fulana para reprocharle no llevar más dinero encima. Al final levanta la vista buscando a las otras putas, pero las que aún no se han refugiado en el interior de algún club ya están muy lejos y parece que al tipo no le quedan excesivas ganas de seguir

corriendo, ¿o quizás sí? El episodio no termina ahí, ahora el moro va tras dos mujeres negras. Un buen poli avisaría a la patrulla, pero qué hostias, tú no eres un buen poli. Te limitas a mirar de nuevo el reloj, esas zorras te importan una mierda y no vas a joder a tus colegas en el último minuto de su turno. Además, tienes otras cosas en mente.

Ya casi es la hora, cinco minutos para que cierre la farmacia. Mientras te incorporas de la silla, el *Boxeador* atiza un buen leñazo en la cabeza a una de las negras. Ves la escena en uno de los monitores: el golpe hace que la peluca de la furcia caiga al suelo. Que les den por saco. Coges tu cazadora y abandonas la central de vigilancia desde donde se controla todo lo que ocurre en la Pequeña África. Antes de pisar la acera ya tienes un pitillo entre los labios, aspiras con fruición mientras se te llenan de humo los pulmones.

Llegas a la calle que da nombre al barrio, San Francisco, y continúas hacia arriba. Como de costumbre, hay un montón de hombres desempleados sin otra cosa que hacer, aparte de matar el tiempo formando corrillos a la puerta de los comercios. Algunos no te reconocen sin el uniforme, otros sí, aunque traten de disimularlo haciéndose los despistados cuando pasas junto a ellos. Percibes una tensa quietud, no puedes evitar sonreír satisfecho, la vida de toda esta escoria está bajo tu control gracias a la información privilegiada que, minuto a minuto, te proporcionan las cámaras. Nada puede complacerte más que esa sensación de poder.

Adviertes la presencia de un colega de Touré, su compañero de piso, el maliense Osmán, un desgraciado más. Se encuentra a la puerta del locutorio de su primo, donde supuestamente trabaja, con un vaso de té en la mano. Él también te ha visto, sabe que te aproximas, pero esquiva tu mirada y hace como si no oyera cuando le saludas: “Hasta luego, Osmán”. Te alejas sonriendo cínicamente.

Continúas caminando hasta la tienda de los chinos donde sueles proveerte de *whisky*. Es uno de los comercios que más frecuentas, siempre envuelto en el halo de omnipotencia que te da tu estatus. Según el día que tengas, pagas por la botella o simplemente la coges y te la llevas, sin más. Seguro que la joven pareja que atiende el negocio se habrá sentido aliviada al ver que hoy pasas de largo. Que no se hagan ilusiones, ahora es otro tu destino y no quieres perder el tiempo, pero ya encontrarás el momento de volver.

Accedes a la farmacia *Arteta* a falta de dos minutos para el cierre. Te entretienes mirando los productos de las estanterías mientras la farmacéutica pelirroja se despide de la última cliente, una vieja pesada. Tan pronto como ésta sale a la calle, la chica echa el cierre y, sin decir nada, se dirige a la trastienda. Tú la sigues en silencio.

—Hoy estás muy guapa, Cristina —le dices, mientras se va despojando de sus ropas—. ¿O prefieres que te llame *Sa Kené*, como tus amigos africanos?

Ella te mira y en sus ojos puedes ver claramente el odio que te profesa. Eso termina de ponerte a tono, sientes cómo se te pone dura y sin más preámbulos te desabrochas el pantalón. La chica saca un condón que tú rechazas.

—Chúpamela —le dices tirando la goma al suelo—. Esa era tu especialidad, ¿no?

Le dedicas una sonrisa burlona, sabes cuánto le jode que le recuerden cuál era su oficio antes de entrar a trabajar en la farmacia. Aún así, ella no dice nada, seguro que está deseando escupirte a la cara, pero tendrá que tragarse la bilitis en silencio. La rabia y el asco hacen que se contraiga el gesto de sus labios, los mismos labios que en cuestión de segundos rodearán tu pene con una suave caricia. Tu imaginación se anticipa a ese momento produciéndote un estremecimiento.

—Es la última vez —dice ella, rompiendo su silencio.

—Sabes que no —respondes mientras haces que se arro-dille.

—Cualquier día te la arranco de un mordisco.

—No te atreverás, ya sabes qué pasaría si lo haces.

Tras esa conversación de breve recorrido, la farmacéutica se dispone a pagar un plazo más de la deuda infinita a la que está condenada; pero apenas ha empezado cuando se oye una musiquilla proveniente de uno de los bolsillos de tu cazadora. Vaya fastidio, te preguntas quién será el inoportuno. Tras un instante de duda, sacas el teléfono y echas un vistazo a la pantalla. La expresión de tu

rostro pasa de la contrariedad al sarcasmo en cuestión de segundos. “¡Qué casualidad!”, piensas al reconocer el número. Se trata de Touré, el mismo que tantas veces habrá ocupado el lugar donde estás tú precisamente ahora. Tienes la tentación de responder a la llamada del africano para contarle dónde te encuentras y que pueda escuchar en directo lo bien que te lo estás pasando con su complaciente amante. Pero al final decides dejarlo y vuelves a guardar el móvil, ya hablarás más tarde con ese pringado.

La chica continúa de rodillas, dándote placer. Tus dedos se hunden en su cabellera de fuego, hasta que la muy puta aparta tus manos, no quiere que la toques. Aún así, tú insistes, intentas acariciar su pelo, pero en cuanto siente el más leve roce, ella vuelve a rechazarte, entrando en un juego que te excita todavía más. Su actitud rebelde y desafiante te pone a cien, tienes que hacer un ejercicio de autocontrol para no correrte demasiado rápido, deseas prolongar este momento tanto como sea posible, saborear cada segundo ralentizándolo. No todo el mundo tiene a su disposición semejante hembra; pero tú sí, tú tienes barra libre siempre que quieras y para lo que quieras. De todos modos, ándate con cuidado porque esta zorra ya ha demostrado en muchas ocasiones lo inteligente que es; nunca te fíes de ella.

Una vez más, pones tus manos sobre su cabeza; una vez más, ella se las quita de encima. La fiesta continúa.

2

Levanté la vista del diario que tenía entre las manos. Tuve la sensación de que las paredes de la biblioteca se balanceaban, las sacudidas también se sentían en el piso e incluso en el mobiliario, y todo porque en la sala contigua estaban montando un número flamenco de grado siete en la escala Richter. Sin embargo, a nadie le molestaba el ruido, al menos a ninguno de los personajes que yo alcanzaba a ver desde el lugar en el que me encontraba.

En un rincón, detrás de la estantería de los cómics, una gitana gorda y fea intentaba camelarse a un chaval negro bastante guapillo. Mejor que la familia de ella no supiera de aquellos devaneos, porque, de enterarse, la iban a meter en vereda con una paliza histórica. Pero aquel no era mi problema, así que dejé de prestarles atención. Un poco más al fondo, donde estaban los ordenadores para conectarse a Internet, había un sudamericano mirando páginas porno con toda naturalidad. No parecía incómodo rodeado de otros usuarios que podían observarle; de hecho, no hacía nada por disimular su pasatiempo, sino más bien todo lo contrario, sólo le faltaba empezar a pelársela allí mismo. Esto último tampoco me hubiera extrañado mucho, ya que en la biblioteca de San Francisco todo el mundo hacía lo que se le ponía en la punta de las narices. No había más que fijarse en la tipa sentada a continuación del aficionado al porno, una mujer blanca,

posiblemente originaria de Bilbao, hablando a voces por teléfono mientras repasaba las ofertas de trabajo que aparecían en la pantalla de su ordenador. Todos oíamos su conversación, pero la tía no se cortaba ni un pelo, y si era consciente de que podía molestar, eso le daba igual. De cualquier forma, ni el sudamericano ni aquella mujer eran de mi incumbencia, ni tampoco el senegalés que se estaba partiendo de risa delante de otro monitor, un negrazo a quien parecían hacerle mucha gracia una serie de *sketchs* africanos de lo más chorra: una joven en minifalda contoneaba sus caderas al caminar para atraer la mirada de los hombres y provocar accidentes ridículos; así, un tipo caía de bruces, otro chocaba contra una farola, un tercero era engullido por un enorme agujero abierto en el suelo... Ajeno a todas esas escenas supuestamente cómicas, había otro navegante tan peculiar como los anteriores. Se trataba de Manuel, un yonqui barbudo al que conocía de vista. Solía encontrármelo a menudo, siempre cargando un mochilón, siempre cubierto con un gorro y una bufanda raídos, hiciera frío o calor. Le encantaba ver vídeos de flamenco, la mayoría de un tal Camarón, y, como tantas veces, allí estaba, conectado a YouTube, dando palmas y canturreando, imitando a los artistas que iban desfilando por la pantalla. Éste al menos se había puesto los cascos... Pero eso tampoco era asunto mío.

El motivo por el que yo estaba en la biblioteca aquella mañana se encontraba en el último rincón de la sala,

junto al gran ventanal que daba al exterior. Se trataba de un magrebí pequeñajo que parecía estar tan pendiente de su monitor como de la gente que le rodeaba, comportándose de un modo un tanto extraño, nervioso..., como si le preocupara que alguien más pudiera ver las páginas por las que navegaba. Sus temores no eran infundados, precisamente ahí estaba yo, observándole con disimulo por encima de las hojas del periódico, mientras teóricamente esperaba mi turno para usar uno de los ordenadores. Sujetando el diario, fingía interés por las noticias cuando no me quedaba mirando el paisaje del otro lado del cristal: la ría, las Siete Calles, el viejo puente de San Antonio, la iglesia de mismo nombre... En definitiva, ese Bilbao Blanco tan próximo y al mismo tiempo tan lejano para los habitantes de la Pequeña África de San Francisco.

En realidad, el magrebí era el único que captaba mi atención. No sabía seguro qué demonios estaba haciendo, pero podía imaginármelo. Estiré un poco el cuello, intentando ver algo por encima de su hombro. Parecía que él también navegaba por YouTube, se distinguía un todo terreno en pleno desierto, hombres armados... Entonces me sobresaltó una voz:

—¿Qué tal, Touré?

Era el saludo de Begoña, una de las encargadas de la biblioteca, la más simpática, al menos conmigo. Me dedicó una fugaz sonrisa mientras se dirigía directamente hacia la mujer blanca que hablaba por teléfono. Primero

la regañó a ella y luego a Manuel por cantar y dar palmas, después dio aviso a todos los internautas para que dejaran libres los ordenadores puesto que ya terminaban su turno. El hombre a quien yo vigilaba obedeció en el acto, cerró todas las ventanas que tenía abiertas en el Explorer y caminó hacia la salida dejando en evidencia su cojera. La mujer blanca también se levantó enseguida y se dirigió a la calle sin dejar de hablar por el móvil. Al resto les costó un poco más abandonar sus asientos calentitos, no cedieron hasta que la bibliotecaria se puso seria, entonces no les quedó más remedio que irse, el sudamericano y el senegalés entre pequeñas protestas, el yonqui echando pestes. En fin, lo típico de cualquier día a esa misma hora. De regreso a su mesa, Begoña me miró encogiéndose de hombros, como diciendo: “¡Qué le vamos a hacer!”

Me senté frente al equipo que acababa de dejar libre el magrebí, abrí el navegador y un vistazo al historial fue suficiente para confirmar mis sospechas. Aquel tío había estado tragando propaganda del ISIS sin parar, dando un buen repaso a todo lo que esos zumbados tenían colgado en la red: tiroteos, asesinatos, discursos, arengas...

Saqué el móvil y marqué un número. Escuché el tono de llamada cinco o seis veces, pero nadie respondió. Tendría que probar un poco más tarde.

Devolví el teléfono a mi bolsillo y pensé que, ya que estaba allí, podía aprovechar para revisar mi correo

electrónico. En la bandeja de entrada encontré lo de siempre: Mariam, mi mujer, pidiéndome más dinero, recordándome que la vida estaba cada vez más cara en Burkina Faso, que nuestros hijos le producían muchos gastos, que deberíamos enviarlos fuera de Gorom-Gorom, tal vez a un colegio de la capital, Uagadugu...

Junto a los repetitivos y agobiantes mensajes de mi familia, también encontré, como venía siendo habitual, supuestos chollos, promesas de mejorar mi vida sexual, proposiciones para ganar montañas de dinero, y otros cuentos por el estilo. Ofertas serias de trabajo, sin embargo, ni una. No me salía ningún caso para investigar, ni siquiera una consulta sobre el futuro, nada. Parecía que el detective-vidente Touré había perdido su gancho, si es que alguna vez lo tuvo.

Cerré todos los archivos y las pestañas, me levanté y me dirigí hacia la salida, dejando allí a la gitana, que aún seguía currándosele con el chaval negro. No pude evitar mirarles con compasión al pasar junto a ellos mientras la chica le susurraba algo al oído.

Una vez fuera de la biblioteca, cogí de nuevo el móvil y volví a marcar el número de antes. Entonces sí, enseguida descolgaron.

—Hola, Touré —me saludó la misma voz correosa de siempre—. ¡A que no adivinas lo que estaba haciendo hace diez minutos, cuando me has llamado!

—Ni idea.

–Bah, no quiero darte envidia –intuí una sonrisita estúpida–. Te lo contaré en otro momento. Ahora dime, ¿tienes algo para mí?

–El cojo sigue en las mismas –respondí. Pasaron unos segundos antes de que volviera a oír la voz al otro lado de la línea.

–Hoy por la noche, en la calle Mena –continuó, entonces con un tono más serio.

–¿No hay cámaras en los alrededores?

–No.

–¿Seguro?

Esperé una confirmación, pero solo escuché silencio. Habían colgado el teléfono.

3

Me alejé de la biblioteca atravesando la plaza del Corazón de María. El suelo seguía mojado, pero por fin nos daba una pequeña tregua el insistente sirimiri de los últimos días y los vecinos aprovechaban para salir a la calle. La inmensa mayoría eran gitanos, seguían siendo los amos de aquel espacio y así se lo hacían ver al resto de los habitantes del barrio: unos críos medían la paciencia del conserje de la biblioteca dando balonazos contra la entrada y golpeando las ventanas constantemente, mientras se

burlaban de la gente que había dentro, otros intimidaban a un chavalín negro que se había atrevido a entrar en el recinto de los columpios, echándolo de allí a empujones, las mujeres charlaban en corrillos al tiempo que se hacían cargo de los niños más pequeños, los hombres pasaban el rato jugando al dominó bajo los arcos de la plaza, y los jóvenes sacaban a pasear a los perros, dejando cagadas de chucho por todas partes. El suelo estaba sembrado de ellas, algunas pisoteadas y esparcidas sobre el pavimento, otras recientes, esperando la suela de algún peatón despistado.

Logré cruzar aquel campo de minas a salvo, llegué hasta la carretera y pasé tan lejos como pude del puesto de control donde la Ertzaintza solía aparcar su furgón. Entonces oí que me llamaban.

—¡Oye, Touré!

La voz venía del *Florines*. Luis, el dueño del bar, me hacía señas desde la ventana para que me acercara. Me sorprendió que supiera mi nombre, pues yo nunca había entrado antes en aquel local. El caso es que me hizo pasar hasta la barra y allí, sin comentario alguno, puso un pincho delante de mis narices.

—Te gusta el pulpo, ¿verdad?

—Sí, claro —no había probado aquel bicho en mi vida, pero no pensaba hacerle ascos, a los que estamos acostumbrados a pasar hambre nos gusta todo.

—Pues, hala, que aproveche. Invita la casa.

Me llevé a la boca un trozo de aquella carne con ven-
tosas mientras él sacaba una taza blanca de debajo del mos-
trador.

—Y seguro que el ribeiro también te gusta.

Mi desconfianza iba en aumento, no entendía de qué
iba aquello. Hasta llegué a pensar que el tabernero se ha-
bía equivocado de negro. Si no, a ver a qué se debía tanto
honor. Yo, por si acaso, solo abrí la boca para tragarme
aquel aperitivo lo antes posible, no fuera a ser que, efecti-
vamente, se tratara de un error y al final me quedara sin
nada.

—A que está bueno...

—Ya lo creo, muy bueno.

—En el barrio se dice que el mejor pulpo de Euskadi
es el del *Florines* —dijo, sacando pecho—. Anunci y yo lo co-
mentamos muchas veces: si nuestro restaurante estuviera
en cualquier otra zona de Bilbao, lo tendríamos siempre
lleno de clientes, ¿no crees?

Como no podía ser de otra manera, le di la razón.
Mientras, su mujer permanecía en silencio, sin quitarme
ojo desde la puerta de la cocina. Aquella rubia hacía buena
pareja con su marido, ambos igual de risueños, la misma
figura robusta, más o menos de la misma edad, ya entra-
dos en los cincuenta...

—El único restaurante gallego que queda ahora en San
Francisco es el nuestro —continuó el tipo—, pero antes de
que llegais vosotros había muchos más. En esta misma

acera, en apenas cien metros, teníamos nueve bares, seis de los cuales eran gallegos, ¡y todos ellos de algún paisano mío! –exclamó–. Los seis eran de mi pueblo, de una aldea de doscientos habitantes, ¿te lo puedes creer? –se me quedó mirando con ojillos brillantes durante un par de segundos, como si esperara mi respuesta–. Luego... –continuó–, pues eso, aparecisteis vosotros, la gente de aquí empezó a irse.... Hoy esto está muy cambiado, siguen los nueve bares, pero ahora la mayoría son latinos, y éste –clavó su dedo índice en el mostrador–, es el único superviviente gallego –dijo con orgullo–. Por una parte, mejor: así tenemos menos competencia, ¿no te parece? –sonrió.

Se suponía que, al decir “vosotros”, el dueño del *Florines* se refería a los africanos, a los sudamericanos, a los asiáticos..., todos mezclados en un bloque contrapuesto a ese “nosotros” donde él mismo se incluía junto a “los de aquí”, a pesar de que él también procedía de otra tierra, como miles de personas que un día llegaron a Bilbao con la misma esperanza y un propósito en común: encontrar trabajo y un futuro mejor, un sueño idéntico al mío y al de otros tantos en mi situación. Por eso ya me resultaba machacón el estribillo, estaba cansado de ese tipo de argumentos pero sabía que era inútil rebatirlos, así que no dije nada y, sin más, esperé a ver si se aclaraba el motivo de aquella extraña invitación.

–Bueno –dijo, por fin–, como te imaginarás, no te llamé para promocionar la gastronomía gallega.